

ARQUEOLOGÍA FUNERARIA EN LA ALTA MONTAÑA DE TENERIFE (ISLAS CANARIAS)

Sergio Pou HERNÁNDEZ
Matilde Arnay de la ROSA
Carlos García ÁVILA
Efraín Marrero SALAS
Emilio González REIMERS

ABSTRACT

The purpose of this paper is to advance a hypothesis about the burial sites of the aborigines of Tenerife (Canary Islands), from its special high mountain area, from the historiographical references and archaeological evidences.

RESUMEN

El propósito de esta comunicación es avanzar unas hipótesis sobre los yacimientos funerarios de los aborígenes de Tenerife (Islas Canarias), a partir de la singularidad de su espacio de alta montaña, desde las referencias historiográficas y las evidencias arqueológicas.

Palabras clave: Tenerife, arqueología funeraria, alta montaña, Teide, yacimiento funerario, distribución espacial, muerte.

1. Introducción: Geografía de la alta montaña de Tenerife

Tenerife, la isla más grande y más alta del archipiélago canario, se caracteriza por un impresionante relieve que da lugar, *grosso modo*, a una «isla doble». Geográficamente, hay bajo los 1.800 metros sobre el nivel del mar unas especificidades que difieren notablemente de la zona de cumbre. En concreto, la alta montaña de Tenerife, se caracteriza por una amplia cordillera en forma de circo, conocida como la Caldera de las Cañadas, que alberga en su centro al estratovolcán Teide. Este circo montañoso (con altitudes entre los 1.800 y 2.700 m) y el Teide (3.718 m) conforman un espacio distintivo en altura, acotado y definido.

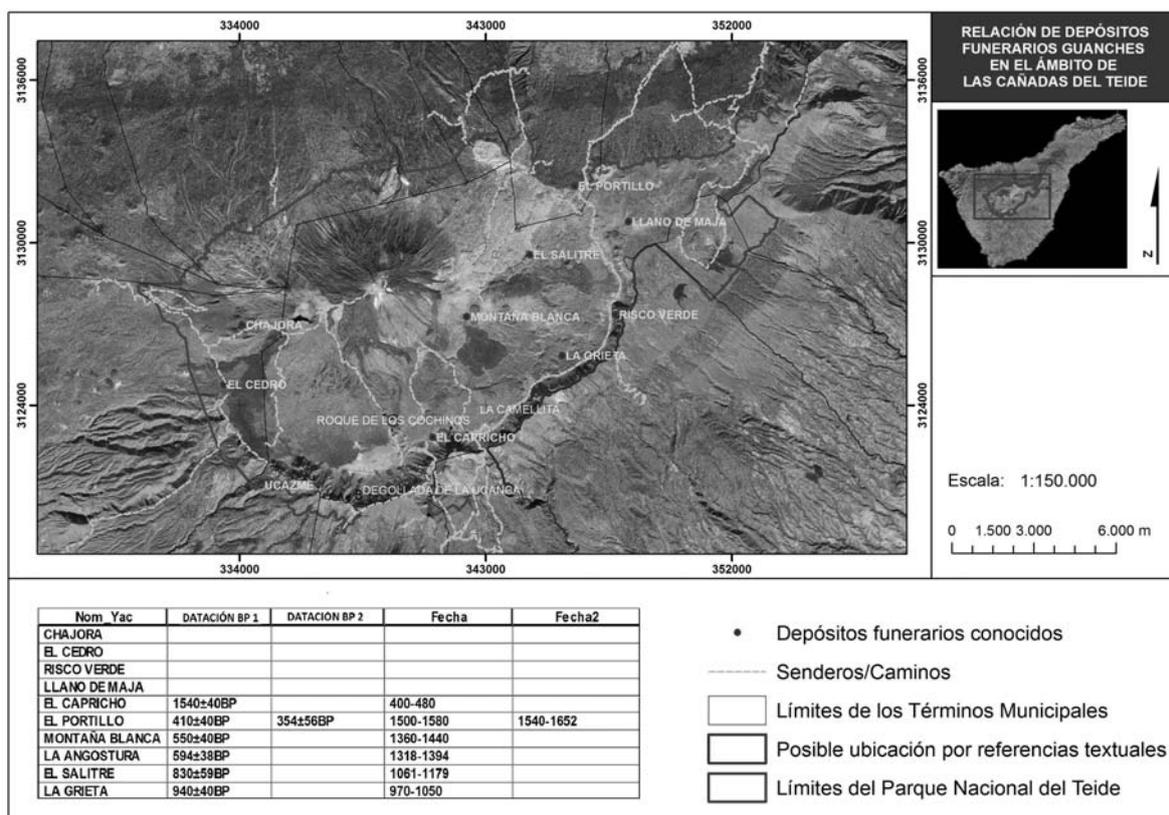
Es común entre los geólogos admitir que el origen de este espacio, mucho antes del poblamiento de la isla, hace millones de años, se debió a la formación de un gran volcán, el paleo-Teide, que pudo haber alcanzado los cinco mil metros. Tal edificio se tornó inestable y se colapsó, generando diversos hundimientos y deslizamientos masivos, que acabarían por formar la gran Caldera que actualmente caracteriza al paisaje (Ablay y Martí 2000, Carracedo *et al.* 2006, Carracedo *et al.* 2007, Carracedo *et al.* 2008), al que, a grandes rasgos, así conocieron los antiguos habitantes de Tenerife.

Esta alta montaña insular ha dado lugar a varios pisos de vegetación y diferentes grupos faunísticos. Igualmente, a nivel climático, se puede destacar un régimen de amplitud térmica. De modo que, mientras en la costa y en la medianía la diferencia de temperaturas entre mínima y máxima apenas oscila de 5 a 10° C, en la cumbre este rango, tanto diario como anual, alcanza cifras mucho más elevadas. Según registros habituales, los indicadores señalan mínimas nocturnas bajo cero, incluso en meses no invernales, y máximas diurnas que no llegan a superar los 30° C (Bustos y Delgado 2004). Con estos índices, así como la ausencia de humedad ambiental y la alta insolación, los condicionantes para el desarrollo de la vida humana en la alta montaña de Tenerife o en Las Cañadas del Teide, incluso en verano, si bien no son imposibles, al menos sí son trabajosamente soportables.

2. La religión, la muerte y el Teide entre aborígenes y cronistas

Tradicionalmente se viene conociendo a los aborígenes de Tenerife como «los guanches», éstos junto con los otros canarios antiguos tienen un sólido encuadre genético, lingüístico y cultural con las antiguas sociedades norteafricanas, es decir los llamados bereberes o, más específicamente, amazighes (para un enfoque general véase Camps 1998, para aspectos concretos Tejera Gaspar 1992, Wölfel 1996, Reyes García 2000, Flores *et al.* 2001, Maca-Meyer *et al.* 2004). En algún momento, unos siglos antes de nuestra era, poblaron las Canarias y se desarrollaron, hasta la llegada de los europeos a finales del siglo XIII y la conquista castellana, concluida a finales del XV, que acabó por absorberlos al nuevo orden. Su economía se basaba en el conocimiento de ciertos cereales pero sobre todo en el pastoreo, hasta el punto que los relatos de marineros y cronistas subrayaban la importancia del ganado como indicador de riqueza y la movilidad por el territorio para el uso optimizado de los pastos. Dicha movilidad, estacional y periódica, se valía de los distintos niveles de la isla, de modo que, de forma muy general, en invierno, era común habitar las costas y medianías y, en verano, los montes y cumbres (información encontrada en autores de finales del siglo XVI como Torriani 1978 [1590] y Espinosa 1980 [1594]). Elaboraban diversos recipientes de cerámica e instrumentos a partir de la obsidiana, ésta muy frecuente en la alta montaña de Tenerife (para un análisis en profundidad de este recurso lítico véase Hernández Gómez 2006).

Las referencias que tenemos de su religión, tomadas por frailes, navegantes y conquistadores, están cargadas de un potente sesgo etnocéntrico (Baucells 2004). Entre las prácticas rituales aborígenes, y en concreto una que tenía lugar en ambientes de altura, es de destacar cómo les llamó la atención a los cronistas el rito de fertilidad de los «baladeros» (hoy recogido en topónimos como bailaderos): los guanches, buscando un lugar sobreelevado, llevaban a sus rebaños y allí separaban a copiosos balidos, a la par que ellos gritaban



Mapa 1. Distribución geográfica de los yacimientos funerarios en la alta montaña de Tenerife

las crías de sus madres, de forma que éstas emitían reiteradamente, con la creencia que de que con tal alboroto conseguían que las divinidades les enviaran lluvia o cualquier otra manifestación de fertilidad (ampliamente recogido en algunos autores Scory 1993 [1626]: 106; Estala 2009 [1797]: 207-228; Leclercq 2006 [1879]: 223; Arribas y Sánchez 1993 [1900]: 155).

Las fuentes documentales son escasas y fragmentarias, plantean una visión cargada de prejuicios culturales, sociales y religiosos, y además, describen a los aborígenes en el momento final de su cultura y especialmente en la época de transformaciones. En consecuencia, algunos relatos y crónicas de finales del siglo XVI, indican que los pocos guanches que quedaban estaban ya muy castellanizados.¹

Entre los autores que tratan a los aborígenes, desde el principio, atrajo mucho el mundo de la muerte, en especial el tratamiento de conservación de los difuntos, en lo que se llamó la momificación y el embalsamamiento. Muchos relatos y crónicas recogen desde el siglo XV los modos en que trataban los cuerpos de los muertos y los depósitos en que eran sepultados (Méndez Rodríguez 2012). A lo largo de esta literatura las necrópolis, las momias y el bálsamo de los guanches

se convirtieron en una constante que atraviesa los siglos que van desde el XV hasta principios del XX. A la vez, en estas últimas centurias, se desarrolló un potente expolio, bajo el empuje del romanticismo y el coleccionismo, que dismanteló muchas de las tumbas aborígenes hasta prácticamente los años cincuenta del siglo XX (Diego Cuscoy 1968; Navarro Mederos y Clavijo (eds.) 2011), e incluso con secuelas que casi llegan a los setenta y ochenta.

La alta montaña de Tenerife, Las Cañadas y especialmente el Teide, sin embargo, han tenido un tratamiento desigual por parte de las noticias historiográficas, existiendo no sólo distintas modas, sino incluso silencios y vacíos, al socaire de los ciclos económicos y las tendencias ideológicas. Antes de la conquista, Tenerife era llamada por los navegantes y primeros cartógrafos del Atlántico «*Insulae del Inferno*», a tenor de su gran montaña volcánica, el Teide, llegando a desarrollarse cierta visión de *mirabilia* y fascinación, bajo la creencia de que se atravesaban los límites del mundo conocido, la Mar Océana, y los hechos sobrenaturales o prodigios estaban a la orden del día.² No

¹ «Todas estas siete islas están pobladas de españoles, que viven regladamente, entre los cuales hay el día de hoy algunos naturales de los guanchas [sic] ya dichos, que están muy españolados» (Martín Ignacio 1944 [1580]: 303). «Los naturales guanches, que han quedado, son pocos, porque ya están mezclados» (Espinosa, 1980 [1594]: 125).

² Es el caso del relato de Nicoloso da Recco, inserto en el texto de Boccaccio en 1341: «También encontraron otra isla en la que no quisieron desembarcar porque en ella ocurría cierta maravilla. Dicen que allí existe un monte que, según sus cálculos, tiene treinta millas, o aún más, de altura, que se ve desde muy lejos y en cuya cima se divisa blancura (...). Dieron la vuelta a la isla y por todas partes observaron lo mismo, por lo que consideraron que estaban en presencia de un encantamiento y no tuvieron el valor de descender a tierra» (Boccaccio

sabemos si por identificación cultural o por aculturación de los aborígenes, en el periodo de conquista, se pasa a denominar al Teide como «el infierno» (*Echeide*) habitando en su interior el «demonio» (*Guayota*). Al parecer, *Echeide* y *Guayota*, según los relatos de los siglos XVI y XVII, eran los nombres con los que los guanches denominaban al Infierno y al demonio. La mitad del siglo XVII y gran parte del XVIII difícilmente transmiten nuevos datos sobre el Teide y la cumbre tinerfeña. Ahora bien, desde finales de esta última centuria toda una pléyade de visitantes, bajo el amparo de la modernidad y la historia natural, distinguen al Teide, y la necesaria excursión de ascenso y descenso, como parte de sus observaciones científicas, sean astronómicas, climáticas, geológicas, botánicas e incipientemente arqueológicas (Humbolt 2005 [1807]; Wilde 1994 [1840]: 23-24; MacGregor 2005 [1831]: 148-150; Berthelot 1997 [1834]: 113-116; Bethencourt 1991 [1912], y un largo etcétera).

3. Referencias literarias a los yacimientos funerarios de alta montaña

Aunque no hay pistas directas en las fuentes documentales debemos considerar que los aborígenes de Tenerife tenían una propensión de orden simbólico hacia el Teide y las montañas de cumbre. Son muchos los relatos que, para otras Islas Canarias, se refieren a riscos y elementos significativos en altura donde desarrollaban cultos y ceremonias (entre otros, el Roque de Idufe en La Palma y los de Tirma y Umiaya en Gran Canaria; todos éstos se pueden localizar en autores como Torriani, Abreu y otros tantos).³ Viana, autor de principios del siglo XVI, habla que los guanches juraban por el sol y por el Teide. Esta tradición la transmiten otros autores posteriores como Sedeño, Núñez de la Peña, Marín de Cubas, Viera y Clavijo, etc.⁴

Las primeras referencias a yacimientos funerarios en Tenerife, su descripción y su ubicación, realmente no hacen tanto hincapié en el Teide y su entorno, sino en las prácticas mortuorias (Nichols 1963 [1560]:116; Espinosa 1980 [1594]: 44-45, Abreu 1977 [1602]: 299-300).⁵ La

primera noticia que se advierte, aunque tímidamente, sobre la alta montaña y su relación con el mundo funerario, un siglo después de tomada la isla, se le debe al portugués Gaspar Frutuoso:

«En las cumbres más altas hay otras cuevas y cavernas donde los guanches sepultaban a sus muertos, (...) los embalsamaban con grasa de ganado menor (...) y los curaban al sol y al aire; los vestían con pieles curtidas a manera de mortaja y atándolas con correas de cuero, y los metían en aquellas cuevas que se encontraban en las partes altas (...) que no pudiese acceder nadie» (2004 [1590]: 77-78).

Un siglo más tarde, Marín de Cubas, relaciona directamente el Teide y las tumbas aborígenes, con cierta costumbre de visitas periódicas:

«Hacían [los *guanches*] largas romerías á visitar los huesos de sus sepulcros (...) y en particular había los más frecuentes en el pico del Teide y también juraban por los huesos de sus antepasados á modo de venganza ó pleito homenaje» (1993 [1694]: 220-221)

Bajo la corriente empírica que irradia a ciencias y filosofía en Europa occidental, a principios del siglo XVIII, un inglés llamado Edens, uno de los primeros extranjeros conocidos en ascender al Teide, descubre en su camino de descenso una necrópolis dentro de las Cañadas. El texto de Edens no se ha conservado pero hay una copia en Antoine Françoise Prévost:

«Tres o cuatro millas [6 km aprox.] más abajo, descubrieron otra cueva, llena de esqueletos y huesos humanos. Había algunos de tan extraordinaria magnitud que los tuvieron por gigantes. Pero no pudieron saber de dónde procedían tantos cadáveres, ni cual era la extensión de la caverna» (2009 [1796]: 152).

Sin lugar a dudas, el periodo más fecundo en cuanto a referencias de yacimientos funerarios en Las Cañadas se extiende desde fines del siglo XVIII hasta principios del XX, existiendo una larga lista de autores (J. de Viera y Clavijo, M. Golberry, S. Berthelot, J. A. Álvarez Rixo, K. von Fritsch, R. Verneau y J. de Bethencourt). Entre ellos destacan dos alusiones:

«Se asegura que en el centro de Tenerife, cerca del Pico, existen otras cuevas sepulcrales, pero los habitantes se niegan a decir dónde se hallan por respeto a la morada de los muertos (...). En estas cuevas los guanches hacían diferentes pisos, con nichos lo suficientemente profundos y altos como para situar a sus momias de pie en ellos» (Golberry 1998 [1802]: 140-141).

1998 [1341]: 37). Boccacio toma noticia de la expedición portuguesa hacia Canarias comandada por el genovés Niccoloso da Recco y el florentino Angelino Corbizzi.

³ Torriani 1978 [1590]: 103-104 y 213; Abreu 1977 [1602]: 268-270; Gómez Escudero 2008 [c. 1682]: 434; Marín de Cubas 1993 [1694]: 217; Estala 2009 [1797]: 209-210.

⁴ Viana 1986 [1604]: I, v. I, 575-581 y III, v. I, 289-317; Sedeño 2008 [ss. XVI-XVII]: 378; Núñez de la Peña 2006 [166-1676]: 26-27; Marín de Cubas 1993 [1694]: 204-205; Viera 1982 [1772-1783]: 162 y 624; Estala 2009 [1797]: 208.

⁵ El inglés Thomas Nichols inaugura una corriente historiográfica acerca de lo que posteriormente vendría en denominarse, fundamentalmente a partir del médico, también inglés, Thomas Sprats, como la «cueva de las mil momias» que llega hasta autores del siglo XX (Viera 1982 [1772-1783]: 169-175; Prévost, 2009 [1796]: 141; Estala 2009 [1797]: 217). Esta noticia, con probabilidad exagerada, debió tener un reflejo real que con el tiempo se distorsionó. La llamada «cueva de las mil momias» ubicada, según la tradición en algún barranco del sur de Tenerife, no tiene relación con el Teide, por lo que no será tratada en este trabajo. Entre las referencias tomadas por J. de Bethencourt, recoge la tradición de la ubicación de la «cueva de las mil momias» en la cumbre de Arico, municipio del sur de la isla, y por lo tanto también, en

las cercanías de Las Cañadas: «Además, decía que en el Peñón, que está hacia la cumbre de Arico, existe una cueva funerario [sic], que no ha podido darse con ella, donde hay miles de momias de guanches», Bethencourt Alfonso, J. de (trabajo inédito), refiere la información facilitada por Victoriano Trujillo (Vilaflor) y Esteban Ramos (Arico), siglo XIX, *Cuaderno L*.

«(...) y en una cueva sepulcral de los guanches, al este del Teide, donde, desgraciadamente, la barbarie ha destrozado todas las momias; éstas habían sido colocadas en angarillas hechas de madera de cedro. Esta cueva resulta notable por la gran abundancia de carbonato sódico casi puro [Cueva del Salitre]» (Fritsch 2006 [1867]: 47).

Las referencias literarias decimonónicas a varias cuevas sepulcrales pero principalmente a una al este del Teide, a tres o cuatro millas, donde abundan muchos esqueletos y momias, sin demasiados ambages, nos hace pensar en los yacimientos del Llano de Maja, pero sobre todo la Cueva de El Salitre. Es fundamental la pista aportada por Fritsch, gracias a la cual, reconocemos el carbonato sódico que se forma en las paredes, al que se le llama popularmente «natrón» o «salitre», de ahí el nombre de la cueva. Este elemento probablemente estaba muy vinculado a los tratamientos de desecación de los cuerpos de los difuntos aborígenes. Aunque hoy, muy dismanteladas, incluso ya alteradas a mediados del siglo XIX, las intervenciones arqueológicas de los años 40 del siglo XX (Álvarez Delgado 1947: 48-59 y 101-111; Diego Cuscoy 1965), sólo han servido para confirmar que se trataron de importantes necrópolis con algún sistema interior de organización compartimentada de los cadáveres, y que, lamentablemente, están en pésimo estado de conservación. Desde antiguo hasta la actualidad aún se discute si contenían una cantidad entre 50 y 300 individuos, y en cierto modo, desde el imaginario popular, gravita cierta corriente legendaria sobre «la cueva de las mil momias».

4. Arqueología funeraria en la cumbre de Tenerife

Las intervenciones arqueológicas del siglo XX, muchas de ellas en su primera mitad, no contaban ni con las técnicas ni metodologías actuales, y muchas veces pasaban por ser meros procedimientos de rescate de material (ya fuera óseo para el análisis de dietas o datación, como otros elementos como pieles, cerámicas, industria lítica y maderas). Estas intervenciones, la mayoría de las veces, acusaban con diverso grado de intensidad, tanto indicios de saqueo como efectos erosivos naturales que afectaban notablemente al yacimiento (Álvarez Delgado 1947, Diego Cuscoy 2011 [1961]), y ponían más énfasis en los individuos que en los contextos.

A nivel general, en las Cañadas del Teide, existen once yacimientos funerarios (véase cuadro 1). Además habría que añadir, al menos tres más. Sin embargo, estos últimos al proceder de estudios de campo de principios del siglo XX y no existir un cuidadoso registro de aspectos como la procedencia y la descripción de las ubicaciones, estructuras y tratamientos, pasan por meras áreas aproximativas donde, por referencias, existieron sepulturas antiguas. Se tratan de los yacimientos de La Camellita, el Roque de los Cochinos y el Roque de la Hoya de Ucanca, y de ellas sólo tenemos unas someras

líneas descriptivas (Bethencourt 1991 [1911]: II, 299 y 331).

De todos los yacimientos sepulcrales, ya sea por las menciones historiográficas aquí expuestas como por la tradición de cierto imaginario popular que llega a nuestros días, son el de Llano de Maja y especialmente El Salitre los que debieron funcionar como verdaderas necrópolis (Álvarez Delgado 1947; Diego Cuscoy 1965 y 2011 [1961]; Arnay *et al.* 2011). Dicha tradición, y quizá otros condicionantes de orden simbólico que no alcanzamos vislumbrar, han hecho que desde principios del siglo XIX se registren leyendas sobre brujas y supersticiones maléficas que atañen a esta región (Berthelot 1997 [1834]: 99 y López Soler 2007 [1906]: 67), hasta el punto de que se llegó a considerar a alguno de estos espacios como el destino de los ajusticiados durante la Guerra Civil Española (1936-1939)⁶, quienes fueron enterrados en tales entornos, ambientes aislados, montañosos y alejados de las ciudades.

El Llano de Maja y la Cueva del Salitre gozan de una estratégica y céntrica posición, existiendo caminos tradicionales que los comunican con la vertiente sur y norte de la isla, así como con los senderos principales que rodean y dan acceso a Las Cañadas. Mientras que Maja y Salitre cuentan con varias decenas de cadáveres, en el resto de yacimientos en cumbre se constata un número reducido de individuos, como ocurre en Cascajo, La Grieta y El Portillo, que, a su vez, están algo mejor conservados (Arnay *et al.* 2011).

Elementos constructivos: muros y lechos mortuorios

Sean en covachas, grietas, tubos volcánicos o abrigos que contienen restos humanos, el primer elemento que destaca son las pequeñas construcciones que, por lo general, atañen a acondicionamientos verticales o muros, que funcionan generalmente como tapias, y horizontales o pavimentos, que además de homogeneizar el piso, sirven para separar el cuerpo del cuerpo (véase cuadro 2). Para los casos de El Salitre y Llano de Maja, respecto a los elementos constructivos, al haber funcionado como necrópolis y contener un mayor número de individuos, se introduce un tercer elemento que, por el mal estado de conservación, no resulta muy preciso: una especie de rampa o escalera que comunicara los distintos niveles del espacio (Álvarez Delgado 1947; Diego Cuscoy 1965 y 2011 [1961]). Para estos yacimientos anteriores, la presencia de muros que obturen la entrada no se menciona y de haberlos, probablemente, fueron dismantelados por el expolio, que ya se pone de manifiesto, casi dos siglos atrás, por algunos visitantes (Fritsch 2006 [1867]: 47).

La estructura muraria de cierre (o de protección) de los depósitos funerarios, allí donde son detectables porque aún quedan preservados, se constatan en El Portillo, con grandes bloques de piedra, que a su vez está reforzado, en

⁶ Ramos Pérez, G; Studer Villazán, L. (trabajo inédito): «La fuente oral en la recuperación de la Memoria Histórica: el caso de los desaparecidos en Tenerife».

YACIMIENTO	DESCUBRIMIENTO		INTERVENCIONES	UBICACIÓN	CONTEXTO
	Tradicional	Científico			
El Salitre	¿f. s. XVIII?	1945	Recogida de material	Lugar de paso	Grieta en contrafuerte de montaña
Llano de Maja	¿f. s. XVIII?	1930: informes 1945: intervención	Recogida de material, tres campañas de excavación	Junto a sendero en un gran llano	Hornito que alberga cuevas de dos niveles
El Portillo	1953	1959	Recogida de material	Lugar de paso	Cueva
Risco Verde		1985: informe 1987: excavación	Recogida de material y excavación arqueológica	Junto a sendero	Cornisa en escarpe del circo de las Cañadas
La Grieta		1977: prospección 1980: excavación	Excavación arqueológica	Estructuras de habitación	Oquedad pequeña
La Angostura		1982	Recogida de material	Junto a sendero	Abrigo pequeño al pie de un escarpe
Montaña Blanca	Años 80	1995	Muestras óseas	Junto a sendero	Covacha poca alta
El Capricho	Años 80	1983	Excavación arqueológica	Junto a sendero	Cavidad
El Cedro	Años 80	Años 80	Muestras óseas	Junto a sendero	Covacha
Chajora	1969	1975: intervención	Recogida de material	Lugar de paso	Gran tubo volcánico
Cascajo		1977: prospección y excavación	Excavación arqueológica	Junto a sendero	Depresión en colada lávica (dos recintos)

Cuadro 1. Yacimientos funerarios: hallazgos, intervenciones científicas y descripción

una segunda línea, por unos seis tablones; en La Angostura hay por una pared de grandes lajas fonolíticas; el yacimiento de El Cedro presenta indicios de haber sido protegido fuertemente por bloques que presentan alteraciones posteriores (Arnay *et al.* 2011); y también en El Capricho quedaban restos de muro de piedra seca, que igualmente limitaban el acceso (Jiménez 1983).

El yacimiento de La Grieta, en cuanto a su estructura, resulta singular, ya que no se trata verdaderamente de una cueva, sino de una pequeña oquedad, tapiada en varias direcciones por grandes lajas y una pared rocosa, existiendo cierta configuración de «escondrijo» (Arnay y González 1990). Tradicionalmente, se vienen llamando «escondrijos» a aquellos pequeños huecos escogidos «preferentemente en las zonas pastoriles de montaña» para colocar aperos y utensilios del pastor, de forma oculta, sirviéndose así de recuperarlos sin la necesidad de portarlos, cuando en sus periódicos desplazamientos de trashumancia, volvían a pasar por aquellos refugios o estancias (Diego Cuscoy 1974: 30-31).

Por norma general, los cuerpos, casi siempre de cúbito supino (véase cuadro 3), aparecen sobre un doble lecho: pétreo y vegetal. Lo frecuente es encontrarlos, tal y como ocurre en Risco Verde, con una tarima que separa el cadáver del suelo por dos elementos bien diferenciados: el catafalco, una primera capa de grandes piedras de formato plano, caso de las lajas fonolíticas, formando un enlosado liso conformando la base; y la yacija, una segunda capa, sobre estas losas anteriores, constituida por elementos vegetales, especialmente troncos de sábina, cedro o pino, a veces también de escobón que, más o menos tratados, hacen de tablones. Mientras que en el Llano de Maja y el Salitre se llega a considerar la existencia de tablones y horquillas para confeccionar entarimados e incluso sistemas de estantes o anaqueles (Álvarez Delgado 1947; Diego Cuscoy 1965), hasta el punto de que pudieran estar algunos cadáveres dispuestos

en posición de pie,⁷ en el Portillo se localiza una singular disposición de modo que los cuatro cadáveres que están sobre la yacija, aparecen individualizados, gracias a la presencia de ramas de sábina que se interponen entre unos y otros, conformando estancos para cada cuerpo (Arnay *et al.* 2011). Esta última configuración también parece encontrarse, hasta donde deja el mal estado de conservación, en El Capricho, con tablones en paralelo para cada individuo (Jiménez 1983) y en La Angostura, donde, al menos se constatan ocho individuos. De hecho, en este yacimiento, sobresale un muro interior (murete que no tiene que ver con la tapia o muro de cierre del recinto funerario) que divide el espacio sepulcral en dos cámaras (Arnay y González 1990). También, como elemento vertical interior, el individuo del depósito sepulcral de Chajora, que estaba sobre troncos de escobón y retama, contaba con dos hileras de piedras que rodeaban el cuerpo (Lorenzo Perera 1976).

La presencia del fuego

En estos yacimientos, la presencia del fuego y de maderas con síntomas de combustión (ya sean hachones o los propios tablones de la yacija) es generalizada. Habría que apreciar, llegado a este punto, dos aspectos. Por un lado, la combustión sobre las maderas halladas en los depósitos funerarios, obedece a parte del proceso de acondicionar unos troncos en tablones, como parece ocurrir en Chajora, pues allí los troncos de escobón y retama sobre los que descansa el cuerpo, al estar quemados en sus extremos (Lorenzo Perera 1976) pueden delatar la

⁷ A. F. Prévost refiriéndose a la estancia en Tenerife de T. Sprats en el siglo XVII, médico al que algunos canarios le llevaron a visitar una gran cueva, al sur de esta isla, que contenía muchos muertos aborígenes, menciona que Sprats «contó trescientos o cuatrocientos [cadáveres] en diferentes cavas [cueva artificial excavada en la pared], unos en pie, otros tendidos en camas de madera, que los guanches tienen el arte en poner tan dura [los tablones que conforman la “cama” o yacija], que no hay hierro que pueda penetrarla» (2009 [1746]: 155-156). También directamente se puede consultar la cita de Fritsch (2006 [1867]: 47) y Golbery (1998 [1802]: 140-141) y compararla con A. F. Prévost y T. Sprats.

aplicación del fuego como parte del proceso para conseguir maderos más o menos homogéneos y lisos. Por otro lado, la presencia de hachones o listones quemados, da que pensar en el uso de instrumentos que, a modo de antorcha, pudieran servir para iluminar la estancia, o más allá, formar parte de un ritual que desconocemos en sus pormenores. Las maderas y ramas quemadas en sus extremos las encontramos en todos los yacimientos funerarios, caso de La Angostura, El Capricho, El Cedro y Montaña Blanca, entre otros (Arnay y González 1990, Arnay *et al.* 2011, Jiménez Gómez 1983). En la Cueva del Salitre, la apreciación de Luis Diego Cuscoy no puede pasar desapercibida, respecto a las maderas «algunas se conservan en buen estado, con preferencia las de cedro y sabina, pero casi todos ellos están recubiertos de una capa descompuesta que arde con la facilidad y rapidez de la yesca» (2011 [1961]: 288), lo que nos llevaría a sugerir la presencia del carbonato sódico, popularmente denominado «natrón» o «salitre», muy abundante en esta cueva, como parte integrante a la hora de confeccionar hachones, así como otro tipo de aplicaciones.⁸ Sería interesante estudiar esta sustancia que, sin duda, podría aportar nuevas luces a la arqueología funeraria en Tenerife.

Estos yacimientos, muchos de ellos en cornisas o escarpes, así como estos muros que tapiaban o que impiden el acceso no significó que se buscasen lugares inaccesibles o que procuraran confeccionarlos a esta guisa, como pretendidamente quiere considerar gran parte de la arqueología tradicional del XIX.⁹ Los muros que tapiaban, o los muretes e hileras que rodean al muerto, así como los pavimentos en catafalco de lajas y yacija vegetal, aunque no se administran directamente al cuerpo, también hacen las veces de «conservantes» o protectores, en la medida de que evitan el deterioro del difunto (la entrada de pequeños roedores, la exposición a la intemperie, etc.).

En esta línea, los yacimientos funerarios de Las Cañadas, como indicaremos más adelante, no son inaccesibles, muy al contrario, no sólo estaban relacionados con la red de comunicaciones (senderos y rutas) sino que, además, eran visitables, tal y como se desprende de la información de las «procesiones» o «romerías» (Marín de Cubas 1993 [1694]: 220-221 y Bethencourt 1991 [1911]: II, 287). Así, por ejemplo, la presencia de algunos hachones o maderas quemadas, podrían interpretarse como el medio

⁸ Sin ir mas lejos, algunos autores del principios del XX, consideran al «natrón», y quizá a otras sustancias con las que se podría confundir, como el azufre o la piedra pómez, como parte del «bálsamo de los muertos» (Arribas y Sánchez 1993 [1900]: 155; Bethencourt 1991 [1991]: II, 295), es decir como uno de los componentes con los que se fabrica la composición con la que embadurnar el cuerpo de los difuntos para aminorar el proceso de la corrupción.

⁹ Sobre la teoría que defiende la inaccesibilidad de las cuevas funerarias de los *guanches* hay toda una corriente literaria que quizá arranque con autores del siglo XVI (Frutuoso 2004 [1590]: 77-78 y Espinosa 1980 [1594]: 44-45), pero sin duda se enfatiza desde finales del siglo XVIII en adelante (Viera 1982 [1772-1783]: 170-175; Berthelot 1997 [1834]: 84; Wilde 1994 [1840]: 24; Leclercq 2006 [1879]: 215; Arribas y Sánchez 1993 [1900]: 155-156). En contra, hay una línea menos reciente, que tiene su origen en Luis Diego Cuscoy (Álvarez Delgado 1947: 57).

que usaban los visitantes para poder hacer algo de luz y ver en las tumbas, o incluso desarrollar rituales junto a sus antepasados, para los que, de momento, tenemos más sospechas que certidumbres. De manera que, con probabilidad, podrían haber sido atendidas, remodeladas y mantenidas las sepulturas y los finados por sus dolientes o parientes, todo ello en un contexto de importante culto a los ancestros. La conservación no acababa con la colocación del difunto sobre la yacija, ni con tapiar la entrada de la cueva, sino que posteriormente, visitando a los muertos, los sobrevivientes continuaban tanto aplicándoles tratamientos conservadores como manteniendo el espacio funerario, si no periódicamente sí repetidamente.

Aspectos bioantropológicos

Los datos bioantropológicos no se han podido estudiar por igual en los yacimientos funerarios de Las Cañadas, dado el deterioro que algunos de ellos presentan (véase cuadro 3). En El Salitre y Maja con dificultad se ha podido contabilizar una cantidad alta. Quizá sea de varias decenas de individuos, para la primera necrópolis, y una cifra aproximada de 45 individuos, para la segunda.

Las noticias recogidas a lo largo del siglo XIX indican la presencia de individuos infantiles ocupando los espacios funerarios junto con mujeres y hombres adultos. Los restos humanos recuperados y estudiados con criterios antropológicos han confirmado la presencia de niños (con edades comprendidas entre los cuatro y siete años), de mujeres y hombres tanto jóvenes como maduros. En algunos yacimientos el espacio es compartido por un número equivalente de hombres y mujeres, como es el caso de El Portillo y El Capricho. En el primero de estos yacimientos nos encontramos con el mismo número de hombres que de mujeres, dos sobre dos, y en el segundo un hombre por una mujer, uno sobre uno, que además tienen en común el mismo rango de edad (Arnay *et al.* 2011). Esto da pie a pensar en una distribución en el grupo de difuntos según parejas, o una distribución equitativa según sexos. La Angostura podría darnos nuevas claves sobre esta particularidad, pero a pesar de que allí se constataron ocho individuos, de momento no hay estudios que hayan determinado el sexo de éstos. Los yacimientos de Risco Verde, Montaña Blanca, El Cedro y Chajora contienen, en cada caso, a un único individuo adulto varón. Hasta cierto punto es aparentemente significativo tanto el hecho del emparejamiento por sexos como la ausencia de yacimientos funerarios individuales con cadáveres únicamente femeninos. Ahora bien, es preciso contener todo tipo de valoración al respecto, ya que con tan baja muestra estadística, sin contar con El Salitre y Maja, nueve yacimientos y 20 individuos, no son suficientes para mantener unos mínimos para apreciar comportamientos funerarios de los aborígenes.

YACIMIENTO	Estructura	Estado de Conservación	Material asociado
El Salitre	Se especula de andamiaje (troncos dispuestos transversalmente que sostenían los cadáveres). Presencia de troncos largos y en horquilla	Muy alterado (saqueo reiterado)	Gran cantidad de madera (sabina, retama y cedro). Astas de cabra. Cerámica y pieles.
Llano de Maja	Presencia de escalones y troncos para facilitar el acceso al segundo nivel	Muy alterado (saqueo reiterado)	Cerámicas, obsidiana, cuentas, hachones
El Portillo	Yacija vegetal, ramas de sabina que individualizan el espacio de cada cadáver	Alterado, se preservan ciertos tejidos blandos	Restos de pieles de cabras con cosidos
Risco Verde	Catafalco de grandes lajas fonolíticas	Alterado (erosión)	Restos de madera, hachones
La Grieta	cercana a dos escondrijos cerámicos y estructuras de habitaciones	Alterado (erosión)	2 Pieles de envoltura
La Angostura	Recinto dividido en dos cámaras separadas por una línea de piedras	Muy alterados (erosión)	Ramas y troncos de pino, hachones, obsidiana, pieles
Montaña Blanca	Bajo colada traquítica, muy vitrificada.	Alterado (erosión)	Ramas de retama, restos de piel de cabra
El Capricho	Muro de piedra seca, dos grandes tablones de madera, cuerpos en paralelo	Alterado (erosión). Conserva tejido blando	Pieles, tablones, cuentas, cerámicas
El Cedro	Grandes bloques que tapian	Muy alterado	Madera quemada
Chajora	Cadáver sobre troncos escobón y retama, y rodeado de dos hileras de piedra	Alterado	Lasca de obsidiana
Cascajo	Cercana a cuevas de habitación. Dos recintos el más pequeño es funerario	Poco alterado. Conexión anatómica	Piel de cabra de envoltura

Cuadro 2. Yacimientos funerarios: estructuras, nivel de conservación y material asociado

Los depósitos sepulcrales con individuos infantiles en la cumbre de Tenerife son dos, La Grieta y Cascajo, al guardar relación en algunas de sus características, si podemos avanzar algunas consideraciones. En La Grieta se trata de un cadáver de seis años, averiguado a partir del grado de desarrollo de los dientes, sin que se sepa su sexo, y en Cascajo es un varón, evidenciado por el procedimiento de la amelogenina, de siete años (Arnay y González 1990 y 2007-2008). En ambos casos no hay yacija vegetal ni catafalco, el suelo no se acondicionó, para como en los otros casos adultos separar el cuerpo del piso, aquí, en estos depósitos se colocó el individuo directamente en el suelo rocoso. A falta de análisis microsedimentarios, todo parece indicar que no se tomaron los cuidados ni los procedimientos que el protocolo de depósito funerario generalmente establece para los cadáveres. Otra segunda consideración es que también en ambos casos, se tratan de yacimientos funerarios cercanos a estructuras de habitación. En el caso de La Grieta tanto en las cercanías de dos escondrijos que contenían cerámicas como de estructuras habitacionales próximas, en el de Cascajo se hallaron en la proximidad del sepulcro varias cuevas de habitación, una de ellas con indicios de una relevante ocupación (Arnay *et al.* 2011). En estos casos infantiles no hay tanto una cercanía en cuanto a senderos o caminos tradicionales, sino sobre todo una práctica contigüidad con espacios de habitación.

Por tanto, debemos estimar un factor diferenciador entre los yacimientos funerarios adultos y los infantiles. Parecería como si para los primeros hubiera un «rito funerario completo» con el pavimento mortuorio

preparado (catafalco y yacija) y alejados de las habitaciones, y para los segundos si no un «rito funerario incompleto» al menos sí «diferente», porque no han llegado a la edad adulta, y todavía, de alguna manera ideológica que no podemos precisar, siguen ligados a la familia y al poblado o a la comunidad de los vivos.

Material asociado

Es un problema dirimir en el material que está relacionado al difunto y al ámbito sepulcral, cuál pertenece a su ajuar y cuál no, incluso el mismo concepto de ajuar funerario es controvertido, ya que en él hay toda una carga cultural según épocas y motivaciones. En general, las dificultades arqueológicas y la trampa para definir el ajuar de las tumbas entra en liza con toda una serie de factores que, difícilmente, se pueden aislar (para una discusión véase Pou 2011). Por esta razón, aquí hablaremos de material asociado, ya que en él encontraremos toda una pléyade de elementos que pueden tener una diversidad de funciones, pertenencias y simbolismos, así algunos objetos están destinados al cuidado de los cadáveres, otros están con el difunto porque tal vez fueron propiedad de él, luego los hay que pudieran ser ofrendas o regalos de sus sobrevivientes, o incluso una cuarta clase de objetos que guardan relación con la escatología aborígen, aspecto, este último, difícilmente comprobable desde la arqueología, disciplina que se debe a la materialidad.

YACIMIENTO	INFORMACIÓN BIOANTROPOLÓGICA			
	Individuos	Edad	Sexo	Posición
El Salitre	Cifra desconocida			
Llano de Maja	45 aprox. (1 casi entero)	Adulto	Varón	No se especifica
El Portillo	4 individuos	Adultos	2 V, 2 M	Decúbito supino
Risco Verde	1	Joven	Varón	Muy alterado, quizá decúbito supino
La Grieta	1	Infantil, 6 años		Decúbito lateral
La Angostura	Al menos 8	Adultos		No se pudo precisar
Montaña Blanca	1	Adulto	Varón	No se pudo precisar
El Capricho	2	40-50 años	1 V, 1 M	Decúbito supino
El Cedro	1	Adulto	Varón	No se pudo precisar
Chajora	1	Adulto	Varón	Decúbito supino
Cascajo	1	Infantil, 7 años	Varón	Decúbito supino, brazos flexionados

Cuadro 3. Yacimientos funerarios: datos biotantropológicos y posiciones

En general, el material asociado está constituido por maderas (en forma de tablones, ramas y hachones), distintos formatos de pieles, fauna, cerámica, obsidiana y cuentas (véase cuadro 2). Las dos primeras, maderas y pieles, aparecen en todos los yacimientos funerarios, con seguridad porque forman parte de las estructuras y de los tratamientos del cadáver, sean más o menos de momificación. Mientras que ya nos hemos referido a las maderas con anterioridad, respecto a las pieles es preciso detenerse en su utilidad como envoltura de los muertos. Algunas veces los cadáveres están envueltos en pieles de cabra y con correíllas atadas que fijan el tejido (Bethencourt 1991 [1911]: II, 299), y al menos en los hallados, no existe indicios de momificación propiamente dicha (Trujillo y González 2011), sino de algún procedimiento de mirlado o secado. El cadáver infantil del yacimiento funerario de Cascajo, sin embargo, no sólo presenta una envoltura de piel de cabra y mantiene la conexión anatómica, sino que se hallaron signos de haber sido sometido a prácticas de conservación artificial (Arnay y González 2007-2008). En otras ocasiones, sólo son simplemente depositados sobre lecho o yacija vegetal y/o catafalco de lajas, sin que haya indicios de conservación mediante elementos vegetales.

Hay una gran cantidad de pieles en Maja y El Salitre (Álvarez Delgado 1947, Diego Cuscoy 1961), donde anecdóticamente destacan en este último emplazamiento dos polainas (Diego Cuscoy 2011 [1961]: 311). Contratan, por ejemplo, los restos de pieles de envolturas funerarias muy mal conservadas de La Angostura, con los de El Portillo que presentan cocidos y otros detalles mejor conservados. Resulta especialmente significativo la piel de cabra para la envoltura funeraria del yacimiento infantil de Cascajo, así como el mantenimiento de la conexión anatómica conservando gran parte del tejido corporal y la presencia de los brazos doblados sobre el tórax (Arnay y González 2007-2008).

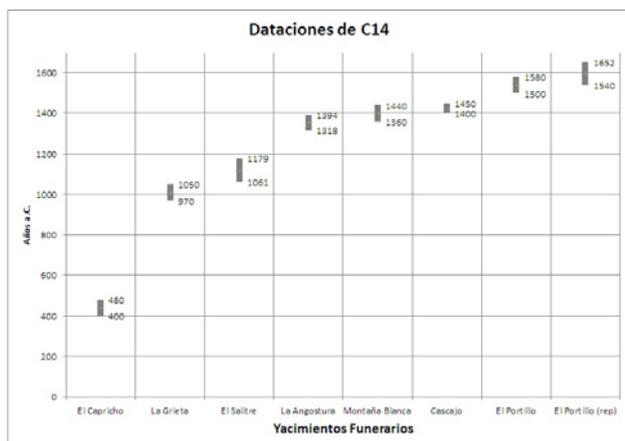
En La Grieta, también infantil, las dos pieles que se hallaron no envolvían al individuo, sino que estaban a ambos lados de éste, observándose detalles como zurcidos, costuras y nudos (Arnay y González 1990).

Otros objetos del material asociado que bien pudieran pertenecer, aunque no podemos determinarlo con seguridad, a las propiedades del difunto o las ofrendas de sus supervivientes, son la fauna, la cerámica y la obsidiana, aunque no se descarta que pudieran formar parte de los preparativos en el tratamiento del cuerpo. Los restos de cabras en El Salitre son importantes, especialmente por el número de astas (Diego Cuscoy 2001 [1961]).

De momento, a falta de algunas excavaciones en cierto yacimientos, el problema de discriminar dónde ha actuado el expolio y los estragos hechos por la erosión natural, la piezas de obsidiana se han encontrado en Chajora, en este caso al lado del cuerpo (Lorenzo Perera 1976) y en La Angostura (Arnay y González 1990). Similar problema hay con la cerámica y las cuentas que, con algo de frecuencia, se constatan en los yacimientos funerarios. En este último depósito sepulcral, se halló un recipiente cerámico que contenía ciertas adherencias, tras el análisis de las mismas se verificó que se trataban de sustancias vegetales (Arnay y González 1990). Pudiera ser el caso de productos vegetales utilizados en el tratamiento de conservación de los cuerpos desarrollados por los aborígenes.

Distribución geográfica y cronológica

La distribución arqueológica de los yacimientos funerarios en Las Cañadas (véase mapa 1) implica, al menos, dos consideraciones: por un lado, no aparecen concentrados en un área, sino dispersos por el espacio alrededor del Teide, especialmente, por el arco que conforma el circo de Las Cañadas, desde donde se aprovechan pequeñas grietas, abrigos y repisas para el depósito funerario, al borde o al pie de escarpes, cantiles o paredes. Sin embargo, unos pocos yacimientos se salen de esta norma, ya sea porque pertenecen a conjuntos de mayor entidad (las necrópolis Salitre-Maja), porque están en sitios estratégicos de paso (El Portillo y Montaña Blanca, uno dando pie al valle de la Orotava, el otro ubicado entre montañas) o porque están junto a zonas de habitación (La Grieta y Cascajo); por otro lado, es una norma muy generalizada que estén junto al sendero, es más, al lado de los caminos de mayor peso tradicional como los hoy denominados sendero del Filo y camino de las Siete Cañadas, entre otros.



Gráfica 1. Distribución cronológica

Cronológicamente contamos con la datación de radiocarbono de siete de estos enclaves sepulcrales (véase gráfica 1). La gran mayoría de estos yacimientos corresponden a los siglos finales de la cultura aborigen de Tenerife (desde el XIII hasta el XVI). Luego, especialmente, llama la atención uno en concreto, el de El Portillo, que incluso corresponde a una fecha muy reciente, sobrepasando en más de un siglo al año de conquista de la isla, 1496. En un primer momento, se creyó que se trataba de algún error en la muestra datada, sin embargo, tras una segunda repetición, se comprobó que se trataba de una datación muy tardía.

En muestras óseas de 17 individuos procedentes de distintos enclaves sepulcrales de Las Cañadas se han hecho estudios paleonutricionales y de dieta utilizando la combinación de procedimientos químicos (determinación de oligoelementos e isótopos estables) e histológicos. Los resultados obtenidos mostraron que los individuos que se habían depositado en los yacimientos con cronologías posteriores a la conquista (posiblemente «alzados»¹⁰) tenían una dieta basada casi exclusivamente en productos vegetales, frente a la dieta mixta y equilibrada (productos cárnicos, cereales, leche y derivados) que mostraron los individuos de dataciones más antiguas (Arnay *et al.* 2011)

5. Consideraciones finales

A modo de conclusión, y con el fin de sostener algunas ideas que sirvan de punto de arranque a futuras investigaciones, huelga anunciar, primeramente, que

¹⁰ Se conoce por «alzados» a aquellos grupos de *guanches* que no aceptaron el orden impuesto por los castellanos, y normalmente, a las afueras de los grandes centros y en zonas marginales, resistieron, aunque con unas estructuras socioeconómicas que evidenciaban resquebrajamiento y crisis. «Hace cincuenta años que los españoles los han derrotado y subyugado, y en parte, asesinado, y al resto los mantienen como cautivos o esclavos; cuando se establecieron allí, los españoles introdujeron la fe cristiana, de manera que ya no hay antiguos y nuevos habitantes, sino algunos que han huido y se han escondido en las montañas, como en las del Pico (...). En dicha montaña, tanto en la cima como en su contorno, hay restos de canarios salvajes, que se han refugiado en este lugar y viven de raíces y de animales salvajes, y que saquean a los que quieren reconocer y se aproximan a la montaña» (Thevet 1985 [1555]: 89 y 95).

todavía queda mucho por hacer y apenas se está empezando; pero este arranque no es óbice para proponer cuatro claves que tal vez indiquen algunos comportamientos de los aborígenes respecto a su modo de entender la muerte y en alusión a la relación de los vivos con los difuntos:

En primer lugar, los espacios funerarios están junto a senderos, lo que los hace lugares accesibles, visitables y recurrentes. Este planteamiento no sólo es acorde con la noticia que ya referenciaba Marín de Cubas a propósito de «romerías para visitar los huesos de los difuntos», sino que además concuerda con cierta directriz enraizada en el imaginario popular aborigen, con sus pervivencias ulteriores, respecto a la consideración simbólica de la cumbre. Este comportamiento atiende a unos modos reglamentados y periódicos que refuerza el carácter de profunda ancestralidad que los aborígenes tenían para con sus difuntos, así como la forma de vida de movilidad periódica por el territorio.

En segundo lugar, el hecho de que la mayoría de las cronologías se correspondan a los siglos del último momento de la cultura aborigen puede atender a dos razones: o con el paso del tiempo hay una mayor presión demográfica que se traduce en un repartimiento más intenso del territorio, o bien, incluyendo o no esta condición, con la llegada de los primeros navegantes y después conquistadores, se desarrolla un repliegue hacia el interior, evitando el litoral, en aquellos puntos donde es fácilmente abordable, pues es el espacio frecuentado por los extranjeros que, normalmente, acostumbraban a desarrollar comercio, razzias y saqueos. Este repliegue hacia el interior afectaría a la estructura religiosa de los guanches, de modo que los espacios funerarios se circunscriben cada vez más, con el paso del tiempo, hacia la cumbre, y la concepción simbólica del centro de la isla, la cumbre y el Teide, mutaría y se reforzaría.

En tercer lugar, aquellos yacimientos funerarios que no están cerca o junto a senderos curiosamente son los de individuos infantiles sepultados que, su ubicación en este caso, es en una pequeña grieta muy cerca de áreas de habitación. Esto implica que la muerte en la infancia, tal vez, prepondere en un comportamiento que se inclina hacia la protección del fallecido infantil, pues incluso muerto, al no cumplir sus etapas vitales (ritos de paso, aprendizajes, etc.), no se le «separa» de la familia o comunidad de los vivos como se haría con un adulto o anciano, que ingresa en el conjunto de los ancestros, sino que «permanece» con los vivos. Quizá por este particular el tratamiento a la hora de sepultar al individuo infantil hace algunas distinciones importantes (ausencia de catafalco y yacija, espacios funerarios en pequeñas oquedades, cercanía a zonas de hábitat, etc.).

Finalmente, aquel yacimiento que tiene una cronología muy reciente, El Portillo, y sobrepasa, en más de cien años, las fechas de finalización de la conquista y la disolución de la cultura aborigen, nos está indicando pervivencias o incluso resistencias. En este caso encajan los llamados «alzados», *guanches* que vivían al margen

del orden castellano, en los montes y lejos de los centros del poder recientemente implantado, atestiguado por la documentación escrita y los análisis dietéticos. El estudio de la dieta y de la paleonutrición, demuestran diferencias alimenticias entre aquellas poblaciones de antes (dieta equilibrada) y después de la conquista (dieta pobre). En un momento de desestructuración económica, social y simbólica del sistema organizativo *guancho*, los últimos que quedan, en áreas marginales, resisten críticamente, y entre sus comportamientos está el de desarrollar todavía sepulturas como la de El Portillo.

Nota: Este trabajo forma parte del proyecto de investigación financiado por La Red de Parques Nacionales, referencia 328/2011.

6. Bibliografía

- Ablay, G. J; Marti, J. (2000): «Stratigraphy, structure and volcanic evolution of the Pico Teide-Pico Viejo formation, Tenerife, Canary Islands», *Journal of Volcanology and Geothermal Research*, 103: 1775-2008.
- Abreu y Galindo, Fr. J. (1977 [1602]): *Historia de la Conquista de las siete islas de Canaria*, Goya ediciones, Santa Cruz de Tenerife
- Álvarez Delgado, J. (1947): *Excavaciones arqueológicas en Tenerife (Canarias), Plan Nacional 1944-1945*, Ministerio de Educación Nacional, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Madrid.
- Arnay, M; González Reimers, E. (1990): «Una cueva sepulcral en la Cañada de la Angostura (las Cañadas del Teide)», *Homenaje al Profesor Dr. Telesforo Bravo*, tomo II, Secretariado de Publicaciones, Universidad de La Laguna: 55-71.
- Arnay, M; González Reimers, E. (2007-2008): «Investigaciones arqueológicas en el Parque Nacional del Teide», *Veleia*, 24-25: 1245-1256.
- Arnay, M; González Reimers, E; Yanes, Y; Romanek, C. S; Noakes, J. E; Galindo, L. (2011): «Paleonutritional and paleodietary Surrey on prehistoric humans from Las Cañadas del Teide (Tenerife, Canary Islands)», *Journal of Archaeological Science*, 38: 884-895.
- Arribas y Sánchez, C. de (1993 [1900]): *A través de las Islas Canarias*, Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- Baucells Mesa, S. (2004): *Crónicas, historias, relaciones y otros relatos: las fuentes narrativas del proceso de interacción cultural entre aborígenes canarios y europeos (siglos XIV a XVII)*, Fundación Caja Rural de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria.
- Berthelot, S. (1997 [1834]): *Misceláneas canarias*, Francisco Lemus Editor, Santa Cruz de Tenerife.
- Bethencourt Alfonso, J. de (1991 [1912]): *Historia del Pueblo Guanche*, Edición de M. A. Fariña González, Francisco Lemus Editor, La Laguna.
- Boccacio, G. (1998 [1341]): «De Canaria y de las otras islas nuevamente halladas en el Océano allende España», en Manuel Hernández González y José A. Delgado Luis (eds.), *Crónica del descubrimiento y conquista de Guinea*, JADL, La Orotava: 31-39.
- Bustos Seguela, J. J; Delgado Trujillo, F. S. (2004): «Clima», en VV. AA. *El Parque Nacional del Teide*, Esfagnos, Talavera de la Reina: 73-96.
- Camps, G. (1998): *Los bereberes: de la orilla del Mediterráneo al límite meridional del Sáhara*, Cidob Edicions-Icaria Editorial, Barcelona.
- Carracedo, J. C; Rodríguez Badiola, E; Guillou, H; Paterno, M; Pérez Torrado, F. J; Paris, R; Criado, C; Hansen, A; Arnay, M; González Reimers, E; Fra-Poleo, U; González Pérez, R. (2006): *Los volcanes del Parque Nacional del Teide: El Teide, Pico Viejo y las dorsales activas de Tenerife*, Serie Técnica, Organización de Parques Nacionales, Ministerio de Medio Ambiente, Madrid.
- Carracedo, J. C; Rodríguez Badiola, E; Guillou, H; Paterno, M; Scaillet, S; Pérez Torrado, F. J; Paris, R; Criado, C; Hansen, A. (2007): «Eruptive and structural history of Teide Volcano and rift zones of Tenerife, Canary Islands», *Geological Society of American Bulletin*, 119: 1027-1051.
- Carracedo, J. C; Rodríguez Badiola, E; Guillou, H; Paterno, M; Scaillet, S; Pérez Torrado, F. J; Paris, R; Criado, C; Rodríguez González, A; Socorro, S. (2008): *El Volcán Teide, volcanología, interpretación de paisajes e itinerarios comentados*, Editorial Saquiro, Santa Cruz de Tenerife.
- Diego Cuscoy, L. (1965): «Resultados de la tercera campaña arqueológica en la necrópolis del Llano de Maja», en *Tres cuevas sepulcrales guanches*, Excavaciones Arqueológicas en España, 37: 33-49.
- Diego Cuscoy, L. (1968): *Los guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*, Publicaciones del Museo Arqueológico, Santa Cruz de Tenerife.
- Diego Cuscoy, L. (1974): «Escondrijo y ajuar del "Risco de los guanches"», *El Museo Canario*, 35: 29-39.
- Diego Cuscoy, L. (2011 [1961]): «Armas de madera y vestido aborigen de las Islas Canarias» en J. Navarro y M. Á. Clavijo (eds.), *44 años de arqueología canaria: textos escogidos de Luis Diego Cuscoy*. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 272-316.
- Espinosa, A. de (1980 [1594]): *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- Estala, P. (2009 [1797]): «El viagero (sic) universal o noticia del mundo antiguo y nuevo. Obra recopilada de los mejores viajeros. Tomo XI», en A. Prévost, J. La Porte, y P. de Estala, (2009): *Canarias en el Viagero Universal*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 177-267.
- Flores Infante, C. A; Larruga, J. M; González, A. M; Hernández, M; Pinto F. M; Cabrera, V. M. (2001): «The origin of the Canary Islands aborigines and their contributions to the modern population: a molecular genetics perspective», *Current Anthropology*, 42: 749-754.
- Frutuoso, G. (2004 [1590]): *Descripción de las Islas Canarias, capítulos IX al XX del libro I de «Saudades da terra»*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife.
- Golberry, M. (1998 [1802]): «Fragmentos de un viaje a África (Capítulo II)», en Manuel Hernández González y

- José A. Delgado Luis (eds.), *Crónica del descubrimiento y conquista de Guinea*, JADL, La Orotava: 133-143.
- Gómez Escudero, P. (2008 [c. 1682]): «Libro segundo prosigue la conquista de Canarias. Sacado en limpio fielmente del manuscrito del licenciado Pedro Gómez Scudero, Capellán», en F. Morales Padrón, *Canarias: crónicas de su conquista*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria: 381-468.
- Hernández Gómez, C. M. (2006): *Territorios de aprovisionamiento y sistemas de explotación de las materias primas líticas de la Prehistoria de Tenerife*, Universidad de La Laguna, Servicio de Publicaciones, La Laguna.
- Humbolt, A. von (2005 [1807]): *Viaje a las regiones equinocciales del mundo: las Islas Canarias*, Nivaria, La Laguna.
- Ignacio, Fr. M. (1944 [1580]): «Itinerario y epítome de todas las cosas notables que hay desde España hasta el reino de la China y de la China a España, volviendo por la India Oriental después de haber dado vuelta a casi todo el mundo» en Fray González de Mendoza, *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China*, Aguilar Editor, Madrid.
- Jiménez Gómez, M. (1983): «La cueva sepulcral de la Cañada del Capricho (Las Cañadas, Tenerife)», *Tabona*, 4: 11-20.
- Leclercq, J. (2006 [1879]): *Viaje a las Islas Afortunadas, cartas desde las Canarias en 1879*, Traducción de Ángel Hernández, Prólogo de Antonio Rumeu de Armas y Edición de Juan Enrique Jiménez Fuentes, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife.
- López Soler, J. (2007 [1906]): *La isla de Tenerife, su descripción general y geográfica*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife.
- Lorenzo Perera, M. J. (1976): «Un enterramiento individual en la cueva de Chajora (2300 msnm). Guía de Isora (Isla de Tenerife)», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 22: 223-232.
- Mac-Gregor, F. C. (2005 [1831]): *Las Islas Canarias, según su estado actual y con especial referencia a la topografía, estadística, industria, comercio y costumbres (1831)*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife.
- Maca Meyer, N; Arnay, M; Rando, J. C; Flores, C; González, A; Cabrera, V; Larruga, J. M (2004): «Ancient mtDNA analysis and the origin of the Guanches», *European Journal Human Genetics*, 12: 155-162.
- Marín de Cubas, T. A. (1993 [1694]): *Historia de las siete islas de Canaria*, Globo, La Laguna
- Méndez Rodríguez, D. M. (2012): «Entre momias, xaxos y mirlados. Un análisis diacrónico de las narraciones sobre las prácticas de conservación de los difuntos aborígenes canarios», *XIX Coloquio de Historia Canario-Americana*, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria: 1360-1371.
- Navarro Mederos, J. F; Clavijo Redondo, M. Á. (eds.): *44 años de arqueología canaria: textos escogidos de Luis Diego Cuscoy*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.
- Núñez de la Peña, J. (2006 [1666-1676]): *Conquista y Antigüedades de las Islas de Gran Canaria*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife.
- Nichols, T. (1963 [1560]): «Descripción de las Islas Afortunadas», en A. Cioranescu, *Thomas Nichols, mercader de azúcar, hispanista y hereje*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna: 93-127.
- Pou Hernández, S. (2012): *Arqueología de la Muerte: estado de la cuestión*, E-prints, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Prévost, A. F. (2009 [1746]): «Historia General de los Viajes, desde principios del XV siglo. Primera parte. Libro V: Viajes en diferentes partes del África, y en las islas adyacentes, con la descripción del país y sus habitantes», en Prévost, A; La Porte, J. de; Estala, P. de (2009): *Canarias en el Viagero Universal*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife: 61-159.
- Reyes García, I. (2000): «Consideraciones metodológicas en torno al estudio de la antigua lengua de Canarias», *XIII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria: 1768-1792.
- Scory, E. (1993 [1626]): «El texto de Sir Edmund Scory sobre Tenerife», en F. J. Castillo, *Tabona*, Secretariado de Publicaciones, Universidad de La Laguna, La Laguna, VIII, I: 98-102.
- Sedeño, A. (2008 [s. XVI-XVII]): «Breve resumen y historia muy verdadera de la Conquista de Canaria», F. Morales Padrón (ed.), *Canarias: Crónicas de su conquista. Transcripción, estudio y notas*, Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria: 343-381.
- Tejera Gaspar, A. (1992): *Tenerife y los guanches*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife.
- Thevet, A. (1995 [1586]): «Las singularidades de la Francia antártica» en Ch. V. Beneden, *Al noreste de África: las Islas Canarias*, J.A.D.L., La Orotava: 85-100.
- Torriani, L. (1978 [1590]): *Descripción e Historia del Reino de las Islas Canarias antes Afortunadas*, Goya ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- Trujillo Mederos, A; González Toledo, J. M. (2011): «Tafonomía de alta montaña. Aproximación multidisciplinar al estudio de restos parcialmente conservados», *Actas de las IV Jornadas "Prebendado Pacheco" de Investigación Histórica*, Tegueste.
- Viana, A de. (1986 [1604]): *Conquista de Tenerife*, Editorial Interinsular Canaria, Santa Cruz de Tenerife
- Viera y Clavijo, J. de (1982 [1772-1783]): *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- Von Fritsch, K. (2006 [1867]): *Las Islas Canarias. Cuadros de viaje*. Traducción, estudio y notas de José Juan Batista Rodríguez y Encarnación Tabares Plasencia, Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife.
- Wilde, W. R. (1994 [1840]): *Narración de un viaje a Tenerife*, Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- Wölfel, D. J. (1996): *Monumenta Linguae Canariae*, Ediciones del Gobierno de Canarias, Dirección General de Patrimonio Histórico, Santa Cruz de Tenerife.